

Se expresa aquí una propuesta de plena actualidad aún —o sobre todo— hoy, cuando, generalizado el modo de ver *turístico*, hasta los propios españoles hemos llegado a adoptarlo, circunstancia, por cierto, que chocaba sobremanera a ese Bergamín «extranjero o peregrino en su patria». Y como tantas veces sucede tengo para mí que el meollo de la propuesta, que hubiese dejado indiferentes a los censores, devendría hurtado en sinrazón de la anécdota, una mención de pasada, desde luego honda e intencionada, a los jesuitas, orden, como ya sabemos, que le distinguió entre otros favores, con el desvelo de dos de sus miembros más sabios, los reverendos Ladrón de Guevara y Quintín Pérez.

Pues bien, sentado ésto, vengamos al contraste del exilio —la *otra* España— y retornemos a *Séneca*, cuya labor cuajaría en una sorprendente y precursora trinidad de títulos: *La ciudad de Henoc*, acabado de imprimir el 10 de octubre de 1941, en los mexicanos talleres de la Sociedad Cooperativa «Artes Gráficas»; *Cuenca Ibérica*, que salió de la imprenta de «Gráficas Panamericanas» (México) el 25 de mayo de 1943; y *La enormidad de España*, tirado en la imprenta de la Editorial Bolívar (México) y con el *finis* fechado a 31 de enero de 1945. Prologados los tres por Bergamín, su preparación y ordenamiento corrió a cargo de Ramón Lavandero con el concurso de un joven hispanista americano, Lowel Dunhan²³.

¿Y cuál es el contenido de «La ciudad de Henoc, Cuenca Ibérica» y «La enormidad de España?» La pregunta se responde pronto: los artículos de Unamuno de *El Sol* y *Ahora* (Madrid, 1932-1933), recopilados monográficamente, con inevitables fallos pero sin la menor huella de censura o licencia en la selección. Unamuno íntegro, de cuerpo cabal y con sus escritos enteros. Sin pretensiones de «quintos libros» ni discutibles interpretaciones. No faltarían, por supuesto, vocecillas contrarias, pero *Séneca* se mantuvo inalterable: Unamuno íntegro. ¿Qué si incluyeron en sus volúmenes «La invasión de los bárbaros»? Pues cómo no.

El conjunto de los tres libros de *Séneca* reúne más de cien artículos, pero este dato, cuantitativamente notable, cede en importancia al significado de la empresa: desatendidos hasta entonces las colaboraciones periódicas, consideradas escritos menores y prescindibles, marcaba un punto de inflexión en la modalidad de las Obras Completas, y dicho giro resultaba de especial trascendencia en el caso particular de Unamuno, con pasión volcado en tales textos, puntual dietario de su cotidiano *paisaje del alma*, muy leídos en su momento y de gran influjo en la opinión pública. La crítica posterior ha corroborado el acierto de tal planteamiento. *Séneca*, en resumidas cuentas, afirmó un modo de editar, basado en el rigor y el ánimo de exhaustividad que, en cuanto a Antonio Machado y Miguel de

²³ La referencia no consta en portada, pero Bergamín así lo indica al final de sus dos introducciones (*Cuenca...*, págs. 20-1; *La enormidad...*, p. 8).

Unamuno se refiere, carecía de equivalente en la España de la Victoria. Con dichas iniciativas, intelectualmente ya habría quedado más que justificada su trayectoria.

En fin, corrieron los años, no demasiados, y el propio Manuel García Blanco, sin duda sometido a menos trabas y con la situación al respecto considerablemente más descriptada, asumió en la práctica el núcleo esencial de las objeciones recién expuestas, prueba palpable de su flagrante obviedad.

Y es que en 1951, al preparar para Afrodísio Aguado (Madrid) las *Obras Completas* unamunianas, y concretamente en su primer volumen, elevó hasta cincuenta y siete los treinta y cuatro «relatos de antaño»²⁴, agregando al índice varias secciones nuevas (había *innovado* la tradicional ordenación cronológica del autor, desorganizando la secuencia líneal al optar por las de «regiones»), entre las que se contaba una dedicada a Alicante, integrada, en solitario, por «Soñando el Peñón de Ifac», con la cual venía a reconocer su carácter señero²⁵.

Entre tanto, «Svástica» y «La ciudad de Henoc», junto a otros muchos de los artículos con anterioridad rescatados por Séneca, pasaron a formar parte de una de las subsecciones del apartado titulado «Inquietudes y meditaciones (1898-1936)», la de «Visiones y comentarios (1931-1936)», fiel García Blanco al criterio, por él mismo establecido, de preferir la ordenación «por comunidad o semejanza de tema»²⁶ a la cronológica. Por cierto, el referido editor cita «Cuenca Ibérica» y «La ciudad de Henoc», pero parece desconocer «La enfermedad de España»²⁷, falta que abona la incomunicación existente entre la España oficial y la comunidad desterrada: honda y sin cicatrizar la herida de la guerra, al cabo de tres largas décadas aquí se seguía desconociendo la obra del exilio, con mezquindad desconocida y minimizada.

En la introducción a «Cuenca Ibérica», la más extensa y meditada de sus tres notas prologables, Bergamín, unamunista de pro, ilustra con palabras del maestro el drama de tanta incomunicación:

¿Por qué no hemos de poder tratar alguna vez, lector amigo —o enemigo, que es igual—... de nuestras relaciones mutuas, de nuestro modo de entendernos recíprocamente? ¿De entendernos y desentendernos, de ese modo, el uno del otro?

Sentada la premisa de que *la verdadera patria es la del espíritu*, «la de nuestro lenguaje común y propio», ese del aislamiento y la desconexión se convertía en el peor elemento disgregador. Amigos o enemigos, pero lectores mutuos: «aprender a aprender a nosotros mismos» en las páginas de Unamuno, reclamaba. En esas páginas repletas de apasionamiento, inquietud y hasta contradicciones latía el «sentimiento conmovido de esa conciencia misma, que es pensamiento claro y hondo de lo español,

²⁴ Cito por la edición de las *Obras Completas de Madrid y Escelicer: Tomo I, Paisajes y ensayos, 1966. Pág. 16.*

²⁵ *Ibidem*, págs. 691-3.

²⁶ *Ibidem*: Tomo VII, *Meditaciones y ensayos espirituales. Madrid, 1967. Pág. 56.*

²⁷ *Ibidem*, Tomos I y VII, págs. 38 y 99. *García Blanco también conocía los trabajos mejicanos de Benjamín Jamés (Páginas líricas, de 1943, y un ensayo —digno— de biografía, del cuarenta y siete), más diversas ediciones argentinas. Eso hace más chocante su desconocimiento de La enfermedad de España, alguno de cuyos textos tengo la sensación de que se le escapan.*

pensamiento conmovedor de la patria», por encima (nunca al margen) de acuerdos o desacuerdos. El exilio sintió desde los primeros momentos la inaplazable necesidad de recuperar y compartir esas palabras, llenas de «esperanza y desesperanza», «de venturas y daños». También *Séneca* cumplió esa función. Palabra viva, nunca erudición muerta. Aunque sea tarde, asúmase así.

Gonzalo Santonja





Robert Musil en 1931